El festín de John Saturnall

LAWRENCE NORFOLK

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

LAWRENCE NORFOLK

El festín de John Saturnall

Traducción de
Francisco-Javier Calzada

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Tomado de *El Libro de John Saturnall,* con los *Detalles* de los *Secretos* mejor guardados del famoso cocinero, entre los que se incluyen las *Recetas* para los platos de su memorable *Festín*. Impreso en el año de Nuestro Señor de Mil Seiscientos Ochenta y Uno.

Este humilde cocinero no pretende saber cómo y cuándo plantó Saturno el primer huerto. Ni si el nombre escrito en sus verjas fue el de «Paraíso» o el de «Edén». Pero lo cierto es que en aquella antiquísima plantación crecían todos los vegetales. Las palmeras daban dátiles y en las colmenas rebosaba la miel. Las uvas se ponían turgentes en las vides y todas las criaturas prosperaban allí. Los primeros hombres y mujeres convivían en amistosa entente y no había entre ellos amo ni esclavo. En la mesa de Saturno cada Adán servía a su Eva y en la huerta intercambiaban los dos sus afectos, porque aquél era el lugar en el que celebraban el festín de las Saturnales.

Hoy la maleza ha invadido las huertas de Saturno. Nuestros míseros tiempos han olvidado los manjares que ofrecían generosamente las mesas de castaño del viejo dios. En esta hora de pedantería, los cocineros alardean de que sus invenciones y técnicas alquímicas consiguen transformar en guisantes huevas de bacalao. Mis propios platos, toscos como son, trastabillan ante tales audacias como la mula que avanza cojeando tras el grupo de los percherones y rebuzna estruendosamente a los que son mejores que ella. Pero, con todo, como aquél que marchó sin desmayo a través de las

últimas guerras se derrumba, agotado, en la paz subsiguiente, yo he decidido disponer aquí mi última mesa.

Porque este Adán tardío, quisiera plantar un nuevo huerto en estas páginas que rindiera palabras en lugar de frutos. Quisiera ofrecer recetas de sus platos, en número bastante para hacer que crujan de nuevo por el peso los anaqueles de la despensa del antiguo dios. Y ahora permítanme iniciar mi propio Festín como empezó el original, cuando los primeros Hombres y Mujeres llenaron sus copas. Y que la fiesta de las Saturnales comience con vino especiado.

Para elaborar el antiguo *hipocrás,* más conocido hoy popularmente con el nombre de *vino especiado.*

Esta antigua bebida se preparaba con las primicias de la huerta: dátiles, miel, uvas y más, como luego diré. Verter en un caldero grande dos azumbres de vino blanco y colocarlo a fuego suave hasta que la superficie del vino tiemble. Añadirle luego ocho cuartillos de miel virgen, sin presionar los panales para extraerla sino dejándola fluir simplemente. Si la mezcla arrancara a hervir, cortar la ebullición añadiéndole vino blanco frío. Dejar que se enfríe. Retirar la espuma que se habrá formado en la superficie. El proceso debe repetirse una segunda y una tercera vez, hasta que la mezcla esté lo suficientemente clara para poder distinguir la cara del Rey de una moneda de un penique dejada caer en el fondo del caldero.

Ablandar a continuación la carne de los dátiles, majándola con un poco de vino hasta convertirla en una pasta. Por otra parte, tostar los huesos en el fuego, molerlos y añadirlos a la mezcla junto con una hoja tierna de la planta dulce llamada estevia o *Follium,* sazonarla con tanta pimienta molida como pudiera caber entre las palmas juntas de una mujer orando, más una pizca de azafrán natural extraído de las flores del *Crocus.* Derramar todo ello sobre las dos azumbres de vino o aguardar hasta que en

la superficie del licor se forme lo que pudiera parecer la cáscara de un huevo del tamaño de una avellana, flotando en él. A continuación, introducir en la manga de un colador (o manga de Hipócrates, como la llaman los cocineros eruditos), clavos de olor, macia o nuez moscada, y colar por ella varias veces todo el líquido hasta que esté perfectamente claro.

Los percherones descendían por la ladera del valle. Azotados por oleadas de fina lluvia gris, los animales que se movían a lo lejos se tambaleaban bajo el peso de canastas y fardos. Los precedía un individuo alto que se agachaba ante la llovizna como si intentara alejarlos de la oscura aldea de la que habían partido. De pie junto al puente de madera que los aguardaba en el fondo, un joven de rasgos marcados los miraba, sonriente, desde debajo del ala goteante de su sombrero.

El agua se colaba por las costuras de las botas de Benjamin Martin. La lluvia empapaba su capa. Y el fardo en el que tenía apoyados los pies contenía la carga que le habían encargado entregar en la mansión. Llevaba en el camino casi una semana. Pero esa mañana aún tenía por delante todo el valle y los pies llenos de ampollas. En un momento dado había divisado a lo lejos la caravana de los animales de carga y los había ido siguiendo con la mirada. La sonrisa de Ben ensanchó su cara como el bostezo de un caballo enfurruñado. Desentumeció asimismo sus doloridos hombros.

Por detrás del guía seguía un pinto, tras éste un bayo y, después, dos ponis de pelaje castaño oscuro. Pero la mirada de Ben estaba fija en el animal que cerraba la marcha: una mula que daba la impresión de no llevar más carga que un montón de harapos empapados por la lluvia. Pero incluso un animal que no llevara carga alguna tendría que

comer –se dijo Ben–. El hombre que conducía a los caballos estaría satisfecho de la forma como le habían ido las cosas en la aldea. Levantó de nuevo la vista por la ladera en dirección a ella.

No se veía ninguna luz entre las casuchas, ni salía humo de las chimeneas. Nada se movía en las lomas que ascendían hacia los árboles oscuros que marcaban los linderos del bosque. La noche anterior, en la posada, los hombres de Flitwick le habían dicho que ninguno sabía lo que hubiera podido ocurrir allí. Que durante los meses de invierno a Buckland no había subido ni un alma.

No era asunto suyo –pensó Ben. Cuando los percherones pasaran, le propondría un trato al guía. El misterioso fardo viajaría sin ningún problema junto con las ropas mojadas que transportaba la mula. Podría llegar a la mansión sin necesidad de que él lo llevara personalmente…, para ser entregado allí al tal «maese Scovell», quienquiera que fuese. A fin de cuentas, la aldea, el valle, la mansión que se alzaba al extremo de éste… compartían todos el nombre de Buckland. Como se comparte una maldición –había pensado Ben–. Dirigió la vista hacia el tejado de la iglesia, sucio con regueros de hollín, y después la elevó en dirección al bosque, al tiempo que propinaba un puntapié al odioso fardo.

Los animales dejaron atrás unas empalizadas de tablas de roble. La lluvia fría se le subía por las botas y comenzaba a empaparle los calzones. Los pensamientos de Ben derivaron a Soughton y a la caldeada habitación trasera de El Perro de Noche. Hoy podría dormir allí en su camino de vuelta. Tenía la certeza de que el posadero, maese Fessler, le daría albergue. Y él, por poco que pudiera, no volvería a ver este lugar.

Tres fajas de terreno alargadas condujeron al guía de la reata hasta el empinado ribazo de la orilla. La yegua pinta llegaba tras

él, tambaleándose por el peso de los dos bultos que se bamboleaban sobre su lomo. En la posada de Flitwick había oído llamar Joshua Palewick a aquel hombre flaco de cabellos canosos. La seguía el bayo, cargado de la misma manera. En cambio, los dos ponis llevaban alforjas y sacos. La mula marchaba en último lugar: no llevaba más que un atadijo de trapos pero, a pesar de todo, cojeaba. Ben se acercó hasta ella. Lo único que un recadero regatea con mayor ahínco que sus caballos es un buen negocio –se recordó a sí mismo–. Un penique por milla para una mula coja sería un precio justo para el recadero. Los animales chapoteaban entre las piedras del río y el barro, Ben levantó el brazo a modo de saludo. Y en el mismo instante el montón de trapos que llevaba la mula en el lomo se agitó.

–Una ráfaga de viento –pensó Ben–. O una ilusión de la luz del crepúsculo.

Pero el instante siguiente le demostró que no era tal cosa. De entre los harapos salió una cabeza. Y en ésta aparecieron dos ojos que lo observaban fijamente. Aquellos trapos envolvían a un niño. Dos pómulos marcados se proyectaban de aquel rostro. Sus cabellos, mojados, eran una maraña de rizos morenos. Y el resto de su persona se protegía de la lluvia bajo una sucia casaca azul. Encaramado torpemente en el lomo de la mula, el joven jinete se deslizó y resbaló como si estuviera a punto de caerse. Pero no hubo ningún peligro de verse descabalgado: cuando la mula se acercó algo más, Ben se dio cuenta de que llevaba las muñecas rodeadas por gruesas cuerdas. El chico estaba atado a la silla.

El guía de la reata se detuvo.

–Me llamo Ben Martin –se presentó a sí mismo Ben informalmente–. Me han confiado un bulto para entregar en Buckland Manor. A un hombre apellidado Scovell.

–Conozco a Richard Scovell –asintió Joshua Palewick a la vez que entornaba los párpados–. Y a vos os conozco también. Os hospedabais en la posada de Flitwick, ¿no?

Ben asintió. Por detrás del guía, el chico seguía la conversación desde la mula, mientras las gotas de lluvia caían de sus cejas oscuras y se le metían en los ojos. Como no tenía las manos libres para enjugárselas, parpadeaba haciendo muecas. Su mirada parecía pasar a través de los dos hombres.

–Subidlo vos con él en la mula. A un penique la milla me parecería un precio ajustado –sugirió Ben–. El camino no está tan mal…

–¿No está tan mal ahora? –replicó Josh enarcando una ceja–. Habrá sido cosa de mi imaginación, supongo. Porque en los últimos treinta años…

Ben esbozó una sonrisa forzada.

–Un penique y medio –ofreció.

Joshua Palewick sacudió la cabeza.

–El chico tiene la mula para él solo. Lo acordamos así con el cura.

En las tripas de Ben comenzó a insinuarse una sensación de desagrado.

–Os pagaré más –le espetó, confuso. Pero la expresión del rostro de Josh se había endurecido.

–No será a mí –replicó secamente el guía–. Yo ya hice un trato.

Tiró de las riendas y los caballos se pusieron en marcha. La menuda cara del chico iba de un lado para otro. Los cascos de los animales resonaron en el puente al alejarse.

A Ben se le cayó el alma a los pies. Decidió que arrojaría el paquete al río. Diría no haberlo visto nunca. Y nadie sabría la verdad, con la excepción de Palewick… Y del chico, quienquiera que fuese… Y la del tal Scovell, si a Palewick se le ocurría contárselo… Y la de aquel

individuo de tez oscura que se lo había confiado en Soughton para entregarlo a su destinatario: aquel moro, judío o lo que fuese. Almery…

La perspectiva de pasar la noche en la caldeada habitación trasera de El Perro de Noche desaparecía junto con los caballos de Josh. No debía haber salido de Soughton. Jamás se había visto en una situación semejante: calado hasta los huesos, con los pies llenos de ampollas, en un puente azotado por la lluvia en la cabecera del Valle de Buckland. De súbito agarró el paquete por las cintas que cerraban el envoltorio y se echó el peso al hombro.

–¡Esperad! –gritó a través de la lluvia. Caminó dando traspiés por las tablas del puente. Joshua Palewick se volvió con el ceño fruncido–. No conozco el camino –le confesó Ben.

–Me lo imaginaba.

–Nunca he estado aquí antes.

El hombre de los caballos midió a su interlocutor con la mirada. Lo que ocurrió entonces fue como si se disipara alguna nefasta influencia. Como si la oscura aldea con el tejado de su iglesia sucio de hollín quedara ya lejos y, en cambio, la distancia que tendrían que recorrer por el valle fuera un simple paseo. Hasta que, finalmente, en la cara del guía aleteó el fantasma de una sonrisa.

–Os vi en la aldea desde arriba –le explicó Josh–. Pensé que esperabais que alguien pudiera llevaros a Soughton en litera… Porque vos habéis venido de allí, ¿no?

Ben tuvo que reconocer que así era.

–Bueno, pues…, si os parece –propuso el guía–, iremos juntos un trecho. A ver si somos capaces de soportarnos el uno al otro.

Ben se apresuró a aceptar y, entonces, el hombre echó un vistazo al chico que viajaba detrás en la mula:

–Éste se dirige también a la mansión, al igual que el paquete que os han encargado a vos transportar. Me seréis de mucha ayuda si no le quitáis el ojo de encima, ¿de acuerdo?

Los dos hombres dirigieron la mirada hacia donde ya estaba la mula. Retorciéndose en su montura, el muchacho había conseguido ver qué ocurría detrás. Ben Martin siguió la dirección de sus ojos, que se prolongaba más allá de la aldea, ascendía por entre los pastos y continuaba hasta perderse en la sombría pared de árboles que crecían muy por encima de ellos.

–Allí es donde lo encontraron –dijo Josh–: en el bosque de Buccla.

Corrían todo lo que podían, alejándose de la cabaña y a través de los oscuros prados. A John le golpeaba el corazón en el pecho, y el miedo le revolvía las entrañas. Junto a él, su madre asía con una mano el pesado bolso y con la otra lo sujetaba a él por la muñeca mientras las hierbas altas azotaban las piernas de los dos cuando corrían en busca de la seguridad de las alturas. Tras ellos, los cánticos de la muchedumbre eran cada vez más estridentes.

¡Miel de la Colmena! ¡Uvas de la Vid!
¡Sal de la casa, Bruja! ¡Ven a beber tu Vino!

Una alta columna de humo pegajoso subía serpenteando en el aire caliente de la noche. El estruendo de cazos y sartenes se mezclaba con los gritos de los aldeanos. John notó que la mano de su madre se tensaba, forzándolo a seguir. Podía oír el enojoso golpeteo del bolso contra sus piernas y la ronca salida por la garganta del aliento de la mujer.

También a él le palpitaba el corazón como si fuera a salírsele del pecho. Al alcanzar el límite de los prados comenzaron a abrirse camino por la hierba para subir el primer terraplén.

La ladera estaba formada por una sucesión de parcelas aterrazadas. Subían una, la cruzaban corriendo y se encontraban enseguida con el talud de otra. El ruido del gentío que los perseguía les llegaba también por oleadas de diferente intensidad, creciendo y decreciendo. Con cada paso que daban, el temor de John disminuía un poco. Pronto se vieron rodeados por fantasmales tojos y arbustos que se alzaban en torno a ellos, mientras el aire nocturno se cargaba de fragancias florales. John alzó la vista. Los árboles del bosque de Buccla se erguían amenazadores sobre sus cabezas.

Los aldeanos jamás llegaban hasta allí. Reinaba entre ellos la creencia de que la Vieja Buccla había hechizado todo el valle con su festín. Hasta que llegó San Clodock y destruyó a hachazos todas sus mesas de madera de castaño. Pero, desde entonces, una vez al año le ofrecían una fiesta, como compensación. Para mantenerla alejada.

Y esa noche era precisamente su fiesta.

La madre de John subía decididamente a través de angostas fisuras y brechas, caminando con seguridad. John, en tanto, no se soltaba de su mano. En el bolso que la mujer mantenía sujeto, llevaba el libro que había retirado de la repisa de la chimenea momentos antes de emprender la huida los dos. Se agachó ahora para atravesar los arbustos espinosos que bordeaban el tupido seto. Tras él, el sendero se hizo más angosto y no tardó en desaparecer sepultado entre unas zarzas que formaban una barrera infranqueable. Ante una antigua estaca de madera con una cruz grabada en ella, su madre se detuvo.

John nunca había subido hasta semejante altura. Más allá de la maleza de zarzas se alzaban, amenazadores, los árboles del bosque de

Buccla. Desde allí podía oír el rumor cambiante de las pesadas copas de los castaños cuando el viento agitaba las hojas y arrancaba de ellas un millar de secos murmullos. Y desde abajo ascendían hasta ellos los cánticos de los aldeanos.

Un Pichón de la percha y un Mirlo al lado.
¡Sal de la casa, Bruja! ¡Ven a comer tu Bollo!

–No son más que los efectos de la cerveza –dijo la madre al ver la preocupación reflejada en el rostro de su hijo–. Cuando ya han dado cuenta del barril, vuelven a las andadas.

John recordaba otras ocasiones: rostros congestionados que lanzaban imprecaciones, hombres medio borrachos con perros que no paraban de ladrar. Él mismo agarrado a las faldas de su madre. Ella siempre había sabido plantarles cara antes. Pero esa noche los gritos habían cobrado una agresividad nueva.

–Han venido desde la casa de Marpot –le contó a su madre.

–¿De veras?

Se quedó mirándola. Ella tenía que saberlo tanto como él. Se habían reunido allí para rezar por el alma de la pequeña Mary Starling, Y después habían subido por el prado. Ahora rodeaban la cabaña y no paraban de salmodiar.

¡Peces del Canal! ¡Anguilas del Jub!
Sal aquí fuera, Bruja…

De aquel mar de rostros encendidos emergió la figura de un hombre vestido de negro que se encaramó a la techumbre de paja de la cabaña. John oyó que su madre reprimía la voz en su garganta como si

estuviera a punto de sufrir otro acceso de tos. El hombre de negro empuñaba una antorcha llameante. La agitó y la multitud prorrumpió en un griterío más fuerte. John pudo ver que las manos de su madre se apresuraban también a ahogar un grito.

–No –murmuraba–, jamás se atreverían…

Cada movimiento de la antorcha la aproximaba más a la paja. Todo cuanto poseían los dos se hallaba en el interior de aquella cabaña –pensó John–: los jergones de paja, el cofre, las cacerolas, botellas y tarros de su madre… Pero en aquel preciso instante en el límite extremo de la multitud se dejó ver de pronto la imagen de un hombre de cabellos totalmente blancos. John tiró, entonces, de la falda de su madre.

–¡Mira, madre! Es el párroco, el hombre de Dios.

Lo invadió una sensación de alivio al ver que el pastor se adentraba en la turba de los aldeanos. Desde lo alto de la cabaña vio cómo el pastor agitaba los brazos y repartía mojicones entre las cabezas que tenía más próximas. El portador de la antorcha saltó al suelo desde el tejado de la cabaña. Los cánticos comenzaban a callar. Las antorchas a retirarse.

–Eso los hará entrar en razón –se apresuró a decir John.

–¿Tú crees? –murmuró su madre.

La mujer bajó al suelo el bolso con el libro. John notó que le acariciaba el pelo con los dedos, desenmarañando sus densas greñas negras. Alzó la vista hasta la oscura línea de los árboles y se llenó despacio los pulmones de aire: un aire en el que se mezclaban el aroma de las hojas del ajo silvestre, el acre de la cercana madriguera de un zorro y otro mucho más suave que, de entrada, no supo reconocer, pero que –se dijo– le recordaba el de frutales en flor. Hasta que el pequeño misterio se vio eclipsado por otro mayor: un olor extraño, dulce y resinoso a la

vez, perceptible entre el de las flores. John inspiró profundamente: era olor a azucenas, sí, olor a azucenas mezclado con una nota de brea.

–¿Qué olisqueas ahora? –le preguntó su madre, sonriendo.

John le devolvió la sonrisa. Ella solía decirle que debía de tener un duende en la garganta. Un duende que le permitía identificar todos los olores de la Creación. Cuando olfateaba las savias más fuertes y los capullos de aroma más suave, los sentía como si anclaran dentro de él, como si proyectaran invisibles hilos que lo envolvieran. Pero aquel olor era diferente de todo cuanto hubiera olido anteriormente. John alzó la mirada a los árboles del bosque de Buccla.

–No sé –reconoció al fin. Su madre se retiró de la cara los largos cabellos que le caían sobre los ojos.

–No les digas que alguna vez subiste hasta allí arriba, John. ¿Entendido?

El niño asintió. ¡Por supuesto que lo había entendido! La antigua leyenda relataba que San Clodock había hecho un juramento a Dios. Que había salido de Zoyland y llegado hasta allí para partir las mesas de los brujos. Había apagado los fuegos de sus hogares y arrancado sus huertas. Después, había recuperado el valle para Dios.

Pero, como decían los aldeanos, Buccla aún estaba allí. Ella… y su séquito de brujas. Y seguía hambrienta.

En opinión de John, se trataba sólo de una antigua leyenda. Y los cánticos de los aldeanos no eran más que una tradición. Pero entonces se había presentado el coadjutor Marpot, agitando antorchas e incitando a la multitud contra ellos. Ahora el padre Hole, el párroco, había acudido a librarlos. La imagen del anciano sacerdote repartiendo coscorrones entre sus feligreses le hizo sonreír. Abajo, los últimos portadores de antorchas volvían ya a la aldea. Cuando todos se hubieron ido, su madre le dijo:

–Iremos a la iglesia todas las semanas, Yo me pondré una cofia como las otras mujeres. Y, a partir de ahora, podrás jugar con los demás niños –añadió esbozando una sonrisa.

John, John, ¡el hijo de la bruja!
¡Evítalo, búrlate de él y oblígalo a salir por pies!

Aquélla era su diversión de los domingos, después de la clase de catequesis. En el instante en que el viejo párroco pronunciaba el último «amén», John ya estaba fuera y, cruzada la puerta, tras saltar el muro del patio de la iglesia de San Clodock, corría a toda la velocidad que le proporcionaban sus piernas.

John, John, ¡el hijo del moro negro!
¡Píntale la cara y sácale la lengua!

Habían pasado ya dos veranos desde que escapara pendiente arriba. Ahora era más alto y más fuerte que el chiquillo que había subido por las laderas dispuestas en terrazas del bosque de Buccla. Pero igualmente lo eran sus perseguidores.

Como de costumbre, Ephraim Clough lideraba el grupo. Detrás de ellos corrían Dando Candling y Tobit Drury, seguidos muy de cerca por Abel Starling y Seth Dare. Las chicas brincaban y chillaban en la parte de atrás del grupo. John aceleró la carrera al pasar el antiguo pozo, por las calvas sin hierba de las Lágrimas de San Clod y, después, al rodear el estanque espantando a los patos y provocando los graznidos de los gansos de Fenton. Los aldeanos que

sacaban agua levantaron la vista y expresaron su reprobación sacudiendo la cabeza. El chico de Susan Sandall volvía a causar problemas.

Cruzó el prado a toda prisa, dándose impulso con los brazos y con el corazón palpitando a golpes dentro de su pecho. Cuando atravesaba el huerto de los Chaffinge, Tom Hob reprendió a gritos a los perseguidores de John, pero ninguno le prestó atención. Más allá de los árboles frutales, el sendero de atrás se perdía y el camino no era más que un túnel de sombra entre altas paredes de arbolado. Y en el momento en que John aceleraba su carrera buscando la salida del túnel, algo lo golpeó en el cráneo: algo que, brotado de la nuca, proyectó por su cabeza oleadas de ardiente dolor. Un proyectil lanzado por Abel –se dijo–, el campeón de tiro de piedra de Buckland.

Trastabilló y oyó a sus espaldas gritos de júbilo. Pero al momento siguiente había recuperado ya la zancada. Sus pies martilleaban la tierra con fuerza. Y sus perseguidores comenzaban a retrasarse.

La primera vez que había intentado escapárseles lo habían atraído a la granja de los Huxtable, que estaba más abajo, donde ya lo esperaban la mayoría de los compinchados. «¿Cómo fuiste tan bobo para caer en esa trampa?», le había preguntado su madre después. A la semana siguiente, entre el tal Ephraim y Tobit probaron a obligarlo a pasar entre zarzas. «Los brujos no sangran», había sentenciado Ephraim; con lo que venía a implicar que sus hijos estarían hechos de la misma pasta. En aquella ocasión había logrado escabullírseles, pero al domingo siguiente lo habían inmovilizado sobre el brocal del antiguo pozo y Ephraim había extraído de él un cubo de agua, amenazándolo con verter en su garganta el sucio y herrumbroso líquido y obligarle a tragarlo. El pestilente olor se le quedó pegado al rostro como un vendaje purulento. *«¿Te apetece una taza de sangre de bruja, John?»* Como pre-

dicaba el coadjutor Marpot a quien quisiera oírlo, la bruja había envenenado la tierra por debajo de la capa de vegetación. Ésa era la razón de que el agua apestara. Tobit y Ephraim habían intentado forzarlo a mantener la boca abierta. Sólo Tom Hob lo había salvado al presentarse allí bastón en ristre y dispersarlos a todos con una andanada de imprecaciones. A partir de aquel domingo, John corrió siempre para escapar del peligro.

Ahora sentía un lacerante dolor de cabeza. Notaba una progresiva hinchazón mientras subía el escalón de acceso al llamado Campo de los Dos Acres. Del espantapájaros colgaba habitualmente un grajo muerto, pero hoy la horca estaba vacía. Aspiró en el cálido aire de primavera el olor a tierra recién removida. El sendero estaba en silencio. Sus perseguidores parecían haber renunciado a ir tras él.

Las chicas eran siempre las primeras en abandonar la persecución: Meg y Maggie Riverett, las hermanas Clough, Peggy Rawley, Cassie (la hermana de Abel Starling)… Los chicos seguían tras él algo más, con Ephraim dividiéndolos en grupos para cortarle la retirada hacia la seguridad que encontraría en la cabaña de su madre.

John rodeó el perímetro del Campo de los Dos Acres. Cuando se hallaba en el extremo más distante oyó las salpicaduras de la fuente en la vieja pila de piedra. Conocía la existencia de un paso escondido a través del seto. Por él no tardaría en llegar al otro lado del campo, al prado y a casa. Con lo cual estaría a salvo hasta la semana siguiente. Miró a su alrededor una vez más y apartó los arbustos del seto para abrir el hueco entre ellos.

–Has tardado en llegar, John.

Lo estaban esperando en el otro lado. Desde el centro del sendero lo miraban Ephraim Clough, ceñudo, cabeza y media más alto que John; junto a él, flanqueándolo, los rubísimos Dando Candling y To-

bit Drury. Y, detrás. Seth Dare y Abel Starling. La mirada de John fue pasando de una cara a otra.

–¿Qué tal está tu madre, hijo de bruja? –preguntó Ephraim–. ¿Sigue danzando alrededor de su puchero?

Ephraim era el peor de todos. El que llevaba la voz cantante para iniciar la letanía coral de los «hijo de bruja» y el que perseguía a John con mayor ahínco cuando éste escapaba. El único al que John, en sus más delirantes fantasías, se veía a sí mismo dándole puñetazos una y otra vez. Pero ahora su habitual sensación de fastidio le revolvió el estómago. Sentía pesados sus miembros. Ephraim se acercó más a él, pavoneándose, y miró a John con el ceño fruncido. Así comenzaban habitualmente las cosas.

–Tú no eres de los nuestros –le espetó Ephraim–. Y tu madre tampoco.

John se obligó a no acusar el golpe.

–¿De veras crees eso?

–Lo dice mi padre. Nunca deberíais haber vuelto aquí.

Al temor de John se sumó ahora la extrañeza. «¿Haber vuelto?» ¡Pero si jamás habían ido más allá de la aldea…! Ephraim lo observaba con recelo, esperando. John podía olfatear el sudor que emanaba de las ropas oscuras del muchacho. Pero en el aire tibio flotaba, asimismo, otro olor más nauseabundo. Por detrás de su compañero, Tobit sostenía un saco. De pronto, el brazo de Ephraim se movió y los nudillos de su mano asestaron un bofetón en una de las mejillas de John, extendiendo por todo su rostro el dolor de la anterior pedrada. A John le pareció que la cabeza le caía hacia atrás e intentó replicar con un puñetazo, que Ephraim esquivó riendo. Al momento siguiente alguien lo agarró por la espalda y en cuestión de segundos estaba ya luchando con todos ellos, debatiéndose sin posibilidad de librarse. Igual que en

otras ocasiones. Consiguieron tumbarlo en la tierra, y Ephraim lo agarró por las muñecas mientras Tobit le acercaba a la cabeza la abertura de su saco y lo forzaba a meterla dentro.

–Una nueva prueba para ti, John –le anunció Ephraim.

–O vieja, mejor dicho –corrigió Tobit.

John los oyó reír a los dos. El saco se notaba caliente, y la aspereza del tejido le rascaba la cara.

–¡Vamos! –lo instó Ephraim–. ¡Dale su manjar para brujos!

La cuerda que cerraba la abertura del saco se aflojó. John se dio cuenta de que metían algo en el interior. De repente su olfato aspiró un apestoso olor a carne podrida. Unas plumas rozaron su rostro. Lo comprendió enseguida: era el grajo muerto del espantapájaros. Sintió náuseas y trató de retorcer el cuerpo para soltarse, pero lo tenían bien agarrado. Notó, entonces, que algo viscoso le embadurnaba la cara.

–¡Jugoso y en su punto justo lo tienes! –le oyó exclamar a Seth. Una mano apretó todavía más contra él la carcasa putrefacta del ave.

–Un manjar para brujos te provocará fiebre –declaró Ephraim–. ¿Todavía no te ha subido la fiebre, John?

John se esforzaba en seguir debatiéndose. Pero no tenía escapatoria.

–A continuación te hará vomitar –prosiguió Ephraim–. Vomitas hasta que devuelves el alma.

–No le gusta lo que le damos –avisó Seth.

–Eso es porque no tiene nada con que regarlo –apuntó Tobit.

–«Miel de las Colmenas. Uvas de la Vid…» –canturreó Ephraim–. Aquí llega. Toma, hijo de bruja: bebe mi vino especiado de cosecha propia…

–¡Mira adónde apuntas! –oyó John que advertía Tobit, momentos antes de que fuera a darle el primer chorro de líquido caliente.

John seguía debatiéndose, pero Tobit se limitaba a mantener bien tensa la cuerda del saco. De pronto el primero consiguió liberar una mano y repartió a ciegas con ella una serie de golpes. Su puño dio en un blanco y tuvo el efecto de obligar a Tobit a soltar la cuerda. John pudo, entonces, sacar la cabeza del saco.

Lo primero que vio frente a él fue a Ephraim con los calzones negros medio bajados y su camisa de los domingos enrollada en la cintura, mientras proyectaba desde su entrepierna un arco de orina. Tobit se refrotaba la mejilla, con expresión malhumorada en el rostro. Abel estaba ya a alguna distancia… «¡Corre!» –se dijo John. Pero cuando ya se volvía para ponerse en pie, una sombra negra ocupó todo su campo de visión. Al instante siguiente, la bota de Dando lo golpeó bajo la barbilla.

Notó el crujido de un cartílago. Tuvo la sensación de que se formaba un coágulo en su tráquea, que se hinchaba y obstruía el paso del aire. John cayó de rodillas y se llevó las manos al cuello, asfixiándose. Le dieron arcadas y salieron de su boca unas gotas de sangre. Los chicos callaron, asustados.

–Os advertí que no debíamos hacerlo –susurró Abel–. Ahora lo habéis matado.

–Tú también lo has hecho –replicó Dando.

–Sir William nos colgará –auguró Tobit con una nota de temor en la voz.

–No se enterará –les dijo Ephraim a los otros–. Recoge ese saco, Abe. Vamos, daos prisa. ¡Corred!

Sus pasos resonaron mientras se alejaban por el sendero. John seguía en tierra, sintiendo fluir por sus venas una candente sensación de vergüenza. «Ephraim estaba en lo cierto –pensaba–. Bueno…, él o su malcarado progenitor: ni él ni su madre pertenecían a aquel lugar. Jamás

debieron haber vuelto allí… El domingo siguiente no iría a la iglesia –decidió–, por mucho que su madre insistiera. Se marcharía lejos…, al lugar de donde habían venido, cualquiera que fuese.»

Un reguero de sangre le bajaba por la garganta, caliente y con un regusto metálico. Tragó con fuerza y notó que el aire entraba sordamente en sus pulmones. Fue arrastrándose el trecho que lo separaba del pozo de piedra, y miró en su interior.

Su tez era de un tono más oscuro que la de los otros muchachos. Tenía el cabello negro y ensortijado, mientras que entre ellos predominaban los pelirrojos y los que lo tenían de tonos castaños o rubios. Sus ojos eran también tan negros como los de su madre. O como los del padre –se recordó a sí mismo–, quienquiera que fuese. Se echó agua fría por la cabeza y se restregó. Luego escupió y observó los largos hilillos rojos que aún le salían por la boca. Y estaba estudiando el interior de su garganta cuando oyó una voz alta y clara que llegaba de arriba.

–Los brujos no sangran.

Una niña lo miraba desde lo alto del talud de separación entre dos parcelas aterrazadas, con la carita pecosa enmarcada por una cofia blanca de algodón. Sorprendido, John levantó la vista y se encontró con los ojos azules de Cassie, la hermana de Abel Starling.

–Yo no soy brujo –puntualizó.

–Lo sé.

Cassie tenía un año más que él. En la iglesia cantaba con voz alta y clara. Asistía a las catequesis dominicales del coadjutor Marpot. Y eso era todo lo que sabía de ella. Pero ahora Cassie Starling conversaba con él. Y lo terrible era que a John se le estuvieran escapando las lágrimas.

–Sube aquí –le ordenó la niña.

John trepó. Arriba, la hierba del prado se extendía en la distancia. A la derecha crecía un hayedo, y al frente se sucedían las terrazas de

prados, separadas entre sí por terraplenes a modo de toscos escalones. Arbustos y maleza ahogaban los terraplenes de la parte inferior de la ladera, en tanto que, en los de más arriba, densas zarzas y tojos semejaban auténticas barricadas. Arriba, donde cesaban ya las terrazas, los setos de zarzas formaban como un grueso cordón que impedía el acceso al bosque de Buccla. La niña miró a John.

–«Los malvados crecen como la hierba.» Lo decía el párroco, ¿recuerdas?

John asintió. Era uno de los salmos favoritos del párroco. La niña frunció los labios y observó a John. Un mechón de sus cabellos se había soltado de la cofia.

–¿Sabes contar? –le preguntó. Enrolló en el dedo el mechón rubio suelto. John asintió de nuevo.

–Bien –dijo la niña, y le indicó una mata próxima–. Siéntate ahí.

Un minuto después, John alargaba cautelosamente la mano a la cara de Cassie.

–Una –dijo.

–Sigue.

–Dos, tres, cuatro…

Percibía el olor de los cabellos de Cassie y el de la lana de su vestido. Su aliento olía a fresas. A él le dio un brinco el corazón cuando la niña se puso a enrollar y desenrollar el largo mechón rubio. Pudo ver entonces que tenía negra la uña, como por efecto de un golpe.

–…veintinueve, treinta…

Estaba contando sus pecas. Primero las de una mejilla, hacia arriba; luego a través de la frente; y, por último, las de la otra mejilla, hacia abajo. Cassie sonrió y pestañeó luego cuando él comenzó a señalar las que tenía alrededor de los ojos. Las fragancias de las hierbas del prado se entrelazaban en el aire que había entre ambos. Cuando John llegó a

la blanca cofia de algodón, Cassie sacó el largo alfiler que la cerraba y liberó sus cabellos sacudiéndolos.

Él siguió contando, ahora alrededor de su boca:

–… cuarenta y ocho, cuarenta y nueve…

Cuando el dedo de John se aproximó a sus labios, Cassie se apoderó de él con un movimiento de su mano más rápido de lo que nunca la hubiera creído capaz. Lo retenía asimismo con fuerza. Tanto que el cardenal que se apreciaba debajo de la uña se oscureció todavía más.

–¿Sabes qué son las pecas? –le preguntó.

John sacudió la cabeza.

–Son pecados.

«Cassie no está muy bien de la mollera» –le había dicho Abel en cierta ocasión. Estaba así desde la muerte de su hermanita, Mary Starling. Por encima de los árboles ascendía al cielo sin nubes una espiral de humo. Aquello le recordó a John que su madre estaría esperándolo.

–La primera bruja fue Eva –le explicó Cassie–. Dios se la envió a Adán para probarlo. Cuando le dio la manzana. También nos envió una bruja a nosotros.

John estaba pensando en el bosque, en el aire que difundía aromas de frutales en flor.

–Pero allí no hay ninguna bruja, ¿verdad? San Clod se lo destrozó todo a hachazos, ¿no es cierto?

–Una bruja no tiene un aspecto diferente del tuyo o el mío –respondió Cassie–. Nada que sea visible por fuera.

–Entonces…, ¿cómo puedes reconocerla?

–Dios te abrirá los ojos. Si eres un elegido. La bruja no puede engañar a Dios. No importa dónde se esconda. –De pronto Cassie inclinó el cuerpo para acercarse más a John. Él notó en la oreja el tibio aliento de la niña–. Tú subes allí, ¿verdad?

Cassie alzó la vista y John siguió la dirección de su mirada. Juntos observaron la ladera, el camino que llevaba hasta la oscura línea de árboles en la cumbre.

–Tú no puedes –le dijo John–. Está todo lleno de zarzas.

–Las espinas no son obstáculo para una bruja –replicó Cassie–. No sangran, ¿recuerdas?

Era lo que predicaba Marpot, y John lo sabía. Cuando no estaba cantando salmos, Cassie se arrodillaba en la casa del coadjutor con los devotos.

–Estaba rezando aquí mismo –dijo. Miró hacia las hayas y después le explicó a John, sonriendo–: Sabía que vendrías.

John puso cara de sorpresa:

–¿Yo? ¿Cómo podías saber eso?

–Dios me lo dijo.

Cassie sonrió. Después se puso en pie y se subió el vestido, arremangado para bajar corriendo por el talud. John se fijó entonces en las rodillas magulladas de la niña y en sus blancas piernas desnudas.

–Me estás mirando…

Él notó que se le sonrojaban las mejillas.

–¿Quieres saber…? –le preguntó Cassie–. ¿Quieres saber lo que me dijo Dios?

John la miró, esperanzado.

–La semana que viene –le prometió ella–. Espérame al salir de la iglesia.

Los olores de las hojas machacadas se difundían por la cargada y tibia atmósfera de la cabaña. La madre de John lo miró al verlo entrar, con la cara encendida por el resplandor del fuego que ardía en el hogar.

Colgado de una cadena por encima de él, el contenido del tiznado caldero estaba ya hirviendo.

–¿Tomaste hoy el camino más largo para volver a casa? –le preguntó.

John asintió y se escabulló enseguida. El chichón que tenía en la cabeza no le había dolido cuando estuvo charlando con Cassie, pero ahora lo atormentaban punzadas de dolor y sentía en carne viva su garganta. Ocupó su lugar frente al fuego y paseó la vista por la cabaña. En la esquina más distante de él estaba su arcón, junto al jergón de paja en el que dormían. Al otro lado se alineaban los frascos de su madre. Cacerolas y sartenes estaban colgadas alrededor del hogar, y en el estante que había encima de éste descansaba un gran libro encuadernado en piel, convenientemente abierto para poder consultarlo.

John conocía el contenido de aquellas páginas por las miradas furtivas que había podido obtener. Había dibujos de frutas, árboles, flores, raíces y hojas, junto con columnas de escritura que daban la impresión de parecer ilegibles. Al menos viéndolas a la distancia que se le permitía mirarlas. Su madre retiraba el libro del estante cuando acudían a visitarla otras mujeres. Ahora, al advertir la mirada curiosa de John, se acercó al libro y cerró las tapas.

El muchacho sabía que su madre había estado en lo alto de la ladera. El voluminoso bolso que le servía para guardar las hierbas y hojas que recogía estaba apoyado contra la pared. Lo olfateó cuidadosamente y olió los frutos de sus últimas recolecciones: brotes de saúco, beleño, ortiga muerta y flores de Redwort. Olores familiares para él, aunque, en la variopinta mezcla de hierbas recolectadas, se filtró otro olor, que lo confundió con su aroma floral. En un momento de distracción, mientras trataba de identificarlo, se llevó la mano a la cabeza para tocar el chichón.

–Te han vuelto a pegar, ¿verdad?

Su madre lo sabía siempre... John levantó la vista y la encontró observándolo; después sacudió la cabeza en silencio, preparándose para un interrogatorio. Pero, mientras él se sentía avergonzado bajo su escrutinio, surgió del fuego una columna de humo y su madre comenzó a toser. Se cubrió la boca con la mano para proteger lo que hervía en el caldero y se apoyó con un brazo en la campana de la chimenea mientras los accesos de tos sacudían su cuerpo. John asió la jarra de agua y se apresuró a salir.

La mujer había rebasado ya la treintena. «Madre Susan» era el nombre que le daban las personas que acudían por la noche a visitarla en su cabaña. O «la buena señora Susan» cuando las mujeres que venían más a deshora la sacaban de su sueño. Tiempo atrás solían visitarla de día para cambiarle por sencillas hogazas de pan los remedios que ella preparaba, además de ofrecerle diferentes cantidades de cebada si accedía a darles consejo o entregarle una sucia moneda si se echaba el manto por encima y las acompañaba. Cierto es que, si no tenían nada mejor que ofrecerle, aceptaba también sus promesas. Ahora, en cambio, subían cautelosamente por el sendero al anochecer, trayendo sus ofrendas y llamaban con discreción a la puerta. John las veía entrar entonces con rostros ansiosos. Y, después, se iniciaban las conversaciones entre susurros: sobre achaques, pérdidas de sangre y calambres, de aguas que rompían o no, de bebés que se ponían de nalgas o retorcían, de un omento demasiado fino, demasiado grueso, desgarrado o perdido en los laberínticos cuerpos de las mujeres.

La bendecían cuando sus pociones calmaban el dolor de sus partos. O cuando levantaba en sus manos un bebé lloroso. Y después la devolvían a casa con lonchas de panceta curada o telas de algodón que su madre empleaba para hacerle ropa. Pero se contradecían a sí mismas

también, y John lo sabía. A espaldas de su madre, la llamaban con diferentes nombres. Les explicaban a sus hijos que paseaba por la aldea de noche con su cesto tapado. Que, con sus negras greñas, trenzaría un lazo que los ataría alrededor de sus tripas. Madre Susan los había traído a la vida. Pero Sue, la Maga, podría hacerlos desaparecer. Como una bruja.

John sumergió la jarra en el pozo de detrás de la casa y se apresuró a volver. Su madre bebió. Cuando se hubo calmado el acceso de tos, alargó el brazo en busca de su bolso. El muchacho vio cómo sacaba de dentro un manojo de gruesos tallos verdes y los partía con un movimiento de sus muñecas. El olor penetrante de la savia fresca del saúco se extendió a través del humo.

John sabía que los tallos recién cortados ahuyentaban las moscas. Que, hervidos, el licor que se extraía de ellos aflojaba las tripas…, y que Judas se había ahorcado de las ramas de un saúco. Esto último se lo había contado a los niños el viejo párroco en una de sus clases. Además, con las varas rectas se podían hacer cerbatanas. Sólo tenías que extraerles la médula.

La madre de John dejó caer algunos brotes en la tetera colocada dentro del caldero; tomó después una cuchara y la agitó, cuidando de que, al hacerlo, la cuchara dibujara lentamente figuras de ochos en el líquido en ebullición. Añadió por último cierta cantidad medida de agua y un poco del licor que contenía uno de sus frascos.

Ya le había enseñado anteriormente que bastaba el tiempo de un abrir y cerrar de ojos para que un licor perdiera sus virtudes. Lo mismo que, si una raíz se partía en trozos demasiado cortos, o hervía durante más tiempo del que hacía falta; que un pellizco podía ser insuficiente y un puñadito algo excesivo; que no debían recogerse bulbos bajo una luna menguante o en los días inadecuados del año. Des-

pués colaría el líquido de la tetera y lo dejaría enfriar antes de emplearlo solo o mezclado, Y, finalmente, lo retiraría vertiéndolo en uno de los frascos cerrados que se alineaban ordenadamente junto al arcón y que contenía sus decocciones, extractos simples, licores y pócimas.

La luz de la luna brillaba a través de los finos visillos de las ventanas para cuando su madre secó las gotas de la cucharilla y alargó el brazo para acercar la sartén con la cena de ambos. De la casa de los Starling, situada algo más abajo, llegaban las voces de Jake y de Mercy, que discutían. El leño de la parte de atrás del hogar se movió y saltaron chispas de él, que ascendieron por la chimenea. Sentado y con la espalda apoyada en la pared, John aguardaba el momento de olfatear la mezcla de olores que saldrían de la tetera. En el instante en que su madre retiró la tapa escapó del recipiente una vaharada de vapor que el viento arrastró hasta estrellarla contra la desigual parte inferior del tejado de paja de la cabaña. Ella miró hacia arriba, sonriendo. Era el juego que les gustaba a los dos.

–Carnero –dijo John–. Cebada. Una manzana. Un poco de tomillo silvestre. Laurel.

No necesitaba más que respirar aquellos olores para identificarlos. Cuando hubo acabado, su madre se inclinó sobre él y le alborotó los cabellos con la mano. En el momento en que sus dedos rozaron la contusión, John no pudo reprimir una punzada de dolor. Ella, entonces, torció el gesto, atrajo al chiquillo hacia sí y con sus dedos exploró suavemente la hinchazón del golpe.

–John… –dijo, tranquilizándolo–. Para ellos no es más que una diversión.

Era lo que siempre solía decirle mientras le acariciaba la cabeza o le peinaba los cabellos con sus dedos. Sus murmullos sonaban en los oí-

dos infantiles como si fueran acertijos. Como las volutas de vapor que salían enroscándose de la tetera, que se estiraban y disipaban convertidas al punto en nada. Pero John recordaba bien la fetidez del interior del saco. La patada de Dando. Podía tener la seguridad de que Abel Starling seguiría lanzándole pedradas contra su cabeza hasta que encaneciera y que su madre seguiría repitiéndole al oído las mismas palabras. De pronto, su impaciencia se transformó en ira. Se apartó de su madre.

–No pertenecemos a este lugar –observó.

–¿Pertenecer…?

–Jamás deberíamos haber vuelto aquí.

Al oírlo, las pupilas de su madre se transformaron en dos rendijas.

–¿Quién te ha dicho eso? –le preguntó.

–Ephraim Clough.

–Y él… ¿qué sabe? –replicó su madre–. Éste es nuestro hogar. Todo cuanto poseemos está aquí.

–¿Y qué es lo que poseemos? –preguntó el muchacho paseando la vista por las estrechas paredes de la cabaña–. ¿Qué tenemos aquí?

Por toda respuesta, la madre le dirigió una mirada de reproche. Él sabía que a ésta seguiría el silencio. Porque así era como finalizaban todas sus discusiones. Acababan en nada, como el vapor que salía de la tetera… Pero en esta ocasión la vio fruncir el ceño.

–Más de lo que tú piensas –le dijo. Y lo sorprendió poniéndose en pie, caminando hasta la chimenea y tomando algo. Cuando se dio la vuelta, tenía en sus manos el libro. Lo puso sobre el arcón y miró a John por encima del pesado volumen–. Ábrelo –le ordenó.

John se preguntó si no se trataría de un truco. ¿Tal vez de un nuevo acertijo para desconcertarlo? Mientras levantaba la cubierta de piel, surgió de entre las páginas el olor del papel enmohecido. Pasó la pri-

mera hoja llena de manchas y se encontró con una ilustración de complicado dibujo: Una copa llena a rebosar, decorada con retorcidas vides y racimos de uva. Pero, en lugar de vino o de agua, la copa estaba repleta de palabras.

El muchacho se quedó mirando con fijeza los extraños símbolos. No sabía leer. Alrededor de la copa crecía un extraño vergel. Volaban las abejas y unas flores que parecían *crocus* brotaban entre los gruesos troncos de los árboles. Aquellos árboles vestían sus ramas con finas y puntiagudas hojas y se curvaban por el peso de los frutos. En el fondo, John distinguió un tejado rematado por una alta chimenea.

Su madre fue a sentarse a su lado.

–Palmeras –dijo–. Y esto son dátiles. La miel se obtiene de las colmenas y el azafrán sale de estas flores. Las uvas se hinchan con el vino.

Hablaba casi como si se lo dijera a sí misma o como si estuviera recitando palabras aprendidas mucho tiempo atrás y con los dedos pasando una y otra vez de los descoloridos símbolos a las imágenes de plantas y frutos. Después volvió la página.

Podría haberse tratado de un libro diferente. Los trazos de tinta eran más gruesos y el papel estaba menos manchado. Allí aparecían de nuevo las palmeras, las plantas de *crocus* y las vides, pero junto con todas sus afines. Flores que John conocía por haberlas observado en el prado brotaban junto a arbustos cuyos frutos no había visto antes. Había plantas trepadoras que se enroscaban como serpientes entre ejemplares monstruosos que seguramente no habían existido nunca en la naturaleza. Y, sin embargo, en todas ellas aparecían representadas cada venita de sus hojas o pétalos, como si hubieran sido copiadas del natural. Todos los tallos tenían una etiqueta rotulada con pequeñas letras picudas. Seguían muchas páginas semejantes, hasta que al cabo el viejo libro volvía a presentar las mismas tintas descolo-

ridas del comienzo. En esta ocasión en el manchado papel estaba representado un bosque, del que surgían revoloteando bandadas de pájaros.

–Estas páginas fueron escritas hace mucho tiempo –le dijo su madre señalándole los troncos y ramas–. Escritas y reescritas más tarde. Mucho antes de que naciéramos tú y yo.

–¿Qué son? –preguntó John mientras trataba de mirar más allá de los árboles.

–Cada página era un huerto o jardín. Allí crecían frutos de todas las clases.

«El vapor de la tetera» –pensó de nuevo John mientras su madre guardaba silencio. Pero aquellas imágenes lo atraían. Los pájaros volaban o llevaban la voz cantante entre las ramas: chorlitos, alondras y palomas, junto con otros pájaros cuyos nombres John desconocía. Portaban palabras en sus picos, aleteando y levantando el vuelo desde su jardín a las copas de los árboles. Volvía a estar representado el edificio de antes, sólo que ahora parecía mayor y lo tapaban en parte los troncos. La chimenea sobresalía por encima de la vegetación. La madre pasó más páginas y volvieron a aparecer otras con las letras más firmes. Parecían haber sido añadidas con posterioridad para ilustrar las más antiguas, porque en ellas se representaban aves que iban desde las grandes águilas a los beccaficos. John, al volver una, se halló frente a un río con peces que saltaban dentro y fuera del agua. Cada escama tenía una palabra, y con los renglones saltando de un cuerpo a otro. El edificio se alzaba en la orilla más alejada del río. Lo siguiente era una playa repleta de pequeños cangrejos que se escabullían a toda prisa. Ahora pudo hacerse cargo de las dimensiones del edificio, que era mayor de lo que había pensado, con un salón de altos techos y dotado de grandes ventanales rematados en arcos. La chimenea era una gran torre que

sobresalía por el tejado. Junto a los árboles del jardín había huertos de cerezos, manzanos y perales, dispuestos como formando una cuadrícula ajedrezada. Observó de nuevo los grandes ventanales rematados en arco. La enorme chimenea semejante a una torre… Casi un palacio –pensó John–. Pero… ¿quién vivía en él?

Después, por delante de los ojos del muchacho, pasó una extraña plantación. En el fondo de su garganta se excitó su duende como si olfateara los aromas de los capullos en flor y percibiera el sabor de las frutas. Allí estaban –pensó– todas las plantas y criaturas imaginables…, las reales junto con las fantásticas. Pero aún seguían saliendo de la tetera de su madre pequeñas volutas de vapor. Aquellos extraños jardines no le decían más acerca de lo que pintaban en Buckland él y su madre de lo que podría decirle la hierba de los prados circundantes. Pero el muchacho notó que su rebeldía desaparecía y era remplazada por el desconcierto.

–No lo entiendo –confesó al fin.

Su madre sonrió:

–Yo te enseñaré.

Título de la edición original: *John Saturnall's Feast*
Traducción del inglés: Francisco-Javier Calzada y Joan Fontcuberta

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: marzo 2013

© Lawrence Norfolk, 2012
La edición original de la obra ha sido publicada en Gran Bretaña en 2012
© de la traducción: Francisco-Javier Calzada y Joan Fontcuberta, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, I Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 32372-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-57-5
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5389-4
N.º 34181

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)